

sucesos de aquellos tiempos inquietos, y en el año 1665 les cambió el título de *Córtis soberanas* (es decir, «tribunales supremos»), que tanto les gustaba, en *Córtis altas* (ó sea «altos tribunales»). La especie de que entró un día volviendo de cazar, todo sucio y con el látigo en la mano, en la sala de sesiones para comunicar al parlamento su régia voluntad, es una pura invención; pero lo indudable es que al cabo de pocos años logró que estas corporaciones no se atrevieran ya á usar de su derecho de hacer observaciones al rey sobre sus órdenes y edictos, sino que todos los admitiesen sumisos y sin réplica. Hablando de esto solía decir Luis XIV, con aquel desprecio que mostraba siempre hácia sus enemigos vencidos: «La obediencia que me muestran los parlamentos es una prueba de que esta clase de corporaciones solo es peligrosa para los que las temen.»

No trataba mejor á la nobleza siempre que ésta mostraba humos de independencia. Cuando supo que la nobleza de las provincias, sobre todo la de las mas distantes, habia aprovechado los desórdenes interiores de los últimos decenios para unirse con los representantes de la justicia, y de comun acuerdo maltratar y esquilmar á la poblacion agrícola, á la cual unos y otros miraban como su vaca lechera, mandó una comision del parlamento de Paris primero, en el año 1665, á la Auvernia para celebrar allí *grandes sesiones*, es decir, formar un tribunal solemne y revestido de poderes extraordinarios sobre aquella provincia y las limitrofes. Esta comision investigó todos los crímenes hasta de épocas muy lejanas, con inusitado rigor, y castigó á los culpados, personas todas pertenecientes á las altas clases, con la muerte, el calabozo, las galeras, ó multas, sin mirar categorías ni otras circunstancias. Para librarse de morir á manos del verdugo huyeron entonces de aquellas provincias 349 nobles, 96 fueron desterrados y á casi todos les fueron confiscados los bienes. La nobleza estaba aterrada, el pueblo lleno de júbilo, con tanto mas motivo, cuanto que se despojó á todos los sentenciados del privilegio de ejercer en su territorio la justicia y cobrar las multas que se imponian á los reos; derecho que el rey deseaba suprimir con igual impaciencia que el pueblo. Despues pasó el tribunal extraordinario á las provincias meridionales donde hizo otro tanto que en Auvernia.

Esta justicia horrible é inexorable, ejercida por magistrados procedentes de la clase del pueblo, é instrumentos ciegos de la voluntad real, acabó para siempre con la soberbia é insolencia de la nobleza francesa; y empleada á su vez contra Fouquet y otros capitalistas improvisados, y coincidiendo con el procedimiento contra los poseedores de rentas públicas, hizo aparecer al monarca como dueño absoluto de las vidas y haciendas de sus súbditos. Entonces se introdujo aquella sumision, aquella adulacion, y aun adoracion que no se habia concedido á monarca alguno en Europa desde los emperadores bizantinos. El lenguaje adulador, laudatorio é hiperbólico con que se le trataba, gustaba mucho al genio despótico de Luis XIV, y habria dado asco á un Enrique IV.

Para fortificar la monarquía absoluta en el interior y hacer al país poderoso é influyente en el exterior, era indispensable la reorganizacion completa del ejército; á cuya tarea se dedicaron ambos Le Tellier, padre é hijo, con todo su talento é incansable actividad. Los comandantes generales fueron suprimidos ó despojados de sus prerogativas, disponiéndose que en adelante el rey nombrase todos los oficiales ó cuando menos los confirmara. El armamento de las fuerzas se fijó en todos sus detalles, como el calibre de los mosquetes y la longitud y el peso de las picas, porque entonces solo dos terceras partes del ejército tenían armas de fue-

go. Fijáronse penas durísimas é infamantes para los autores de fraudes en el número de soldados, y se nombraron inspectores con amplios poderes y atribuciones jurídicas que cuidaran de que se mantuviesen el número efectivo de los cuerpos, la buena instruccion de los soldados y la buena calidad, conforme á los modelos aprobados, del armamento. Con estas medidas logróse dar al ejército el carácter homogéneo que se deseaba; se introdujo y aplicó una severa disciplina; se acabó con los fraudes tan fatales, sobre todo en las épocas de guerra, y el rey tuvo á su disposicion el indispensable y deseado instrumento para sus proyectos en el exterior; todos encaminados á hacer á la Francia poderosa y temida á fin de que el rey fuera el primero entre todos los demás. Ser el soberano mas grande de la cristiandad era el objeto de toda la politica exterior de Luis XIV, y no el afán de hacer conquistas. Apoyado en un ejército numeroso y bien organizado, con una administracion centralista inteligente, que reunia en las manos del jefe del Estado todas las fuerzas vivas del país, y auxiliado por la diplomacia mas ambiciosa y astuta del mundo, logró Luis en muy poco tiempo dominar á la Europa sorprendida (1).

El casamiento de Luis XIV con la hija mayor del rey de España no cambió un ápice la politica francesa, hostil á la casa de Habsburgo desde hacia siglo y medio. El imperio colosal de España habia quedado reducido en este espacio de tiempo á una mera sombra de lo que habia sido antes. Las guerras continuas habian acabado con sus recursos y debilitado la poblacion, reducida además por la colonizacion de sus posesiones de Ultramar, que habian absorbido sus mejores fuerzas y engendrado un ciego y loco afán de correr tras de fáciles riquezas; el despotismo gubernativo y clerical habia asfixiado toda iniciativa y todo sentimiento independiente en el pueblo, entregado á la necia vanidad, al orgullo hinchado, y á la pereza corporal é intelectual; á todo lo cual se agregaba un sistema económico y tributario el mas necio que puede imaginarse, como si fuese calculado adrede para debilitar la industria y el comercio hiriendo de rechazo á la agricultura, reducidísima ya por la inmensa concentracion de la propiedad en las manos muertas. Las clases productoras gemian bajo el peso de inaguantables contribuciones, y para mayor desgracia habian pasado á manos de franceses las industrias mas finas que antes existian en España. El comercio con las colonias quedaba reservado por la ley exclusivamente á los españoles; pero como á muchos les faltaban el capital, la inteligencia y la actividad necesarias, se contentaban con prestar el nombre á empresas inglesas y holandesas que de este modo eludían la ley, y concentraban casi exclusivamente en sus manos el comercio de Ultramar. La poblacion que á principios del siglo xvi contaba 15 millones de almas, habiase reducido por todas estas causas á mitad del siglo siguiente á solo 6 millones. El rey Felipe IV que ocupaba el trono desde 1621 era hombre indiferente, insensible, inerte, dado á los placeres puramente sensuales, bonachon y débil, cualidades que redundaban todas en perjuicio del país; y de consiguiente no podia esperarse de él nada para sacar á la España de su marasmo. Cuando el excelente, honrado y sagaz D. Luis de Haro en tiempo de Mazarino se halló á la cabeza del gobierno, ya era tarde para regenerar aquel país, cuyas fuentes materiales é intelectuales se habian secado (2). El único amparo que podia

(1) Véanse: FLASSAN; *Histoire générale de la diplomatie française*, Paris 1811, 2.ª ed. tomo 3.º

(2) No tanto: se habian obstruido, y no del todo, pues si en las ciencias y en la industria y comercio se apagó completamente la luz vivísima que habia brillado en el siglo xvi, en cambio se encendió la antorcha de la literatura y la española del siglo xvii mostró el poder de los ingenios españoles. (N. del T.)

haber sostenido su grandeza pasada á la vista del extranjero, su excelente y aguerrido ejército, vencedor en cien batallas, habia sido destruido en los campos de Rocroy y Lens y en las Dunas. La muerte de Haro, ocurrida en el mismo año que la de Mazarino, dejó luego la España completamente desamparada (1).

Con un contrario tan débil no creyó Luis necesario guardar miramientos.

Las personas de corazon noble en Europa se habian hecho piadosas ilusiones sobre los resultados de los convenios de Westfalia y de Oliva que debían inaugurar una larga era de paz, y reunir á lo mas todos los pueblos cristianos en una cruzada contra los turcos mahometanos, ideal que dominó los ánimos en Europa hasta fines de aquel siglo; pero estas personas recibieron de Luis XIV el mas cruel desengaño. Nada mas distante del espíritu de este soberano



Cárlas II, rey de Inglaterra

que perseguir ideales que no le produjeran un beneficio palpable; pues él se creía un ideal; el trono de Francia le parecía el centro del mundo, adonde debían dirigirse todas las miradas y á cuya voluntad todos debían atemperar su conducta. Por otra parte, su ministro Lyonne sabia engañar y extraviar con incomparable astucia á los demás gobiernos europeos sobre la verdadera política que les convenia seguir, que era la de combatir con todas sus fuerzas reunidas la supremacía de Francia; y á los que veían claro, y acaso estaban ya aliados, les supo enemistar y dividir por todos los medios posibles desde la persuasion al soborno, de tal manera que dejó á todos asombrados.

Un párrafo del tratado de paz de los Pirineos obligaba á la Francia expresamente á no dar ninguna clase de auxilios á los portugueses, cuya independencia de ningun modo queria el gobierno español reconocer; pero Luis XIV y sus

ministros no por eso dejaron de perjudicar á la España socorriendo, aunque disimuladamente, al Portugal con dinero, oficiales y soldados veteranos. Despues cuando el embajador español en Lóndres alcanzó en octubre de 1661 la preeminencia sobre su colega francés con el auxilio del populacho de aquella capital, porque el pueblo inglés ya estaba irritado contra la supremacía é insolencia de Francia, Luis XIV obligó á su indefenso suegro Felipe IV con amenazas de guerra á reconocer formalmente y para siempre la preeminencia de la Francia; y á fin de dar á las excusas oficiales del embajador español el carácter mas humillante posible para su país, dispuso que el acto fuese acompañado de todo el aparato necesario. Al mismo tiempo supo mostrar á la misma Inglaterra su intencion firme de sostener la dignidad de su país contra viento y marea, como el primero entre todos, negándose decididamente á la humillante condicion impuesta por el gobierno inglés á todos los buques de otras naciones de arriar su bandera cuando encontraran en las aguas inglesas un buque de esta nacion y hacer el primer saludo.

(1) CH. WEISS, *L'Espagne depuis Philippe II jusqu' á l'avènement des Bourbons*. 2 tomos; Paris 1844.

Esta actitud decidida de Luis XIV contra las dos potencias principales de aquel tiempo, unida á la circunstancia de que la España, consciente de su impotencia, no se atrevió á castigar la violación del tratado de los Pirineos, aumentaron muchísimo el respeto que se tenía en Europa al joven monarca, haciendo que se le temiera como adversario y se le solicitase como amigo.

Todas las potencias, todos los hombres y políticos que miraban la Francia con malos ojos, y aun los que la odiaban abiertamente, habían puesto su esperanza en Carlos II, joven rey de Inglaterra. El pueblo inglés, cansado de las convulsiones políticas y revolucionarias, hastiado de los gobiernos, ya de feroces fanáticos, ya de una soldadesca insensible, que desde la ejecución de Carlos I en el año 1649 habían dominado alternativamente el país, había llamado en mayo de 1660 al hijo de aquel rey al trono vacante, y celebrado su llegada con indecible júbilo, creyéndola principio de una nueva era de libertad racional basada en la ley, y de una posición respetable en el exterior. Por duro y tiránico que hubiese sido el gobierno militar del protector Oliverio Cromwell para el pueblo, no podía negarse que con su política había colocado otra vez á Inglaterra en el número de las grandes potencias; su escuadra había demostrado que era la primera del mundo, y sus ejércitos se habían mostrado dignos de vencer al lado de las tropas de Turena á los regimientos veteranos españoles mandados por un Condé. Cromwell había hecho causa común con los franceses, pero solo en cambio de la cesión de Dunkerque y de Mardyk, especie de cabezas de puente en el continente para la influencia inglesa, y para freno de la sed de engrandecimiento de la Francia á costa de los Países Bajos. El pueblo inglés con su instinto práctico veía claramente que la paz de Europa solo estaba amenazada por la Francia, y esperaba que el rey legítimo, el antípoda del dictador Cromwell, respondería á los deseos de la nación y opondría un dique á la invasora política francesa; opinión que era general también fuera de Inglaterra.

Los ingleses y toda la Europa quedaron chasqueados. Carlos II, hombre de una inteligencia práctica, vivo y sagaz, era al mismo tiempo indolente, egoísta, mezquino y miserable, mentiroso, sin pensamientos elevados, disoluto hasta la crápula, en cuyo vicio se iba hundiendo cada día más. Dos móviles dirigían todas sus acciones: el deseo de dedicarse á sus diversiones sin que nada ni nadie se lo impidiera, y el de enfrenar y reducir las pretensiones siempre crecientes del parlamentarismo en Inglaterra, donde la representación del pueblo disponía ya de un poder demasiado grande en la opinión del rey. Por eso creyó necesario asegurar en su favor la amistad de Francia; y sacrificó sin escrúpulo el honor y la influencia de su país, para poder contar en caso dado con el auxilio en dinero y tropa extranjeros contra sus propios súbditos. No satisfecho con esto, retó al pueblo inglés, tomando por esposa una mujer católica, infanta portuguesa, solo para complacer al gobierno francés, que deseaba asegurar con este casamiento un sólido apoyo al reino de Portugal.

Además de todo esto, prestó su servil concurso al rey de Francia en otras combinaciones, como en la creación de una liga de todos los países hostiles á España contra ésta, en la inteligencia por supuesto de que él, Luis XIV, sería el centro y jefe de la liga. Conforme á este plan, firmó Luis, en abril de 1662, un tratado de alianza ofensiva y defensiva con los holandeses, á los cuales concedió grandes ventajas mercantiles en Francia en cambio de la renuncia á disputar á los portugueses el Brasil. A esta alianza siguió un tratado de amistad y de navegación que Carlos II, solicitado por

Luis XIV, celebró con los holandeses en contra y á despecho de los intereses marítimos de Inglaterra. Dispuestas las cosas de este modo podía el rey de Francia dirigir á cualquier momento estas formidables alianzas contra España, que débil ya y harto humillada, no tenía en tal caso más recurso que someterse; y como en Europa no había otro país que pudiese disputar á la Francia la supremacía en el continente, tenía siempre la Francia en su mano la ocasión de aprovechar esta ventaja cuando quisiese. Política tan necia por parte del rey de Inglaterra podría disculparse, aunque con trabajo, suponiéndole dominado por sus proyectos personales, pero cómo disculpar la venta que hizo Carlos II á Luis XIV en octubre de 1662 de la valiosa conquista de Cromwell, Dunkerque, por el precio de 5 millones de libras? Esta venta era para Inglaterra la renuncia á toda política independiente y á toda participación directa en los asuntos del continente. La pérdida del mejor puerto entonces de los Países Bajos causó en Inglaterra más estupor y tristeza, que el mismo aumento correspondiente del poderío de Francia que la hacía dueño de Europa.

En efecto, no tardó en dar el rey Luis una prueba de que no reconocía ni respetaba más voluntad que la suya, y de que despreciaba hasta las vallas morales si pretendían oponerse al ejercicio de su voluntad tiránica. Este rey cristianísimo buscó pendencia y humilló al padre común de todos los fieles, al Papa.

Ocupaba entonces, desde 1655, el trono de San Pedro, Alejandro VII ó sea Fabio Chigi, alma honrada, justa, pero débil é irresoluta. Con semejante carácter que carecía de la energía necesaria para hacer uso de las armas de la Iglesia, creyó Luis XIV que le sería permitido hacer todo lo que quisiera y presentarle á la Europa como ejemplo y escarmiento para que conociera hasta dónde llegaba el poder de Francia.

Uno de los abusos más perniciosos en los Estados de la Iglesia, tan mal administrados, era el derecho de los embajadores extranjeros de conceder asilo libre y sagrado en el radio de sus moradas á criminales fugitivos. Un caso de estos había originado un conflicto entre el embajador francés y las autoridades pontificias, á consecuencia del cual el primero dimitió. Luis XIV mandó en su lugar, en 1662, al duque de Crequi con el encargo expreso de humillar al Papa en su propia capital, á cuyo objeto el nuevo embajador tomó á su servicio algunos espadachines de oficio con encargo de provocar pendencias y riñas con las autoridades y especialmente con la guardia corsa del Papa. Tan bien cumplieron su cometido aquellos valentones que se llegó en 20 de agosto de 1662 á una verdadera batalla entre las tropas corsas y la servidumbre del duque, saliendo vencida esta última y habiéndose en el ardor del combate dirigido algunos tiros al palacio de la embajada.

A este suceso, insignificante si se atiende á las costumbres de la época, dió el gobierno francés una importancia que probaba claramente cuán bien le estaba para intimidar y humillar al Papa, y aumentar la influencia de Francia en Italia. El Pontífice, espantado, licenció su guardia, mandó ejecutar algunos de los culpables y trasladó á la legación de la Romana al gobernador de Roma, el cardenal Imperiali. Todo fué en vano. Luis no se dió por satisfecho; llamó á su embajador; expulsó al nuncio apostólico en París haciéndole acompañar como un criminal con guardas de vista hasta la frontera, y ocupó el condado papal de Aviñón. Entre tanto, cumpliendo con la consigna recibida tronaban contra el pontificado, en las frases galicanas de costumbre, el parlamento y la facultad de teología de París, como lo estaban haciendo desde un siglo antes siempre que el rey lo mandaba. Ade-

más de todas estas demostraciones, envió Luis XIV, á fines de 1663, 6,000 hombres á los ducados de Módena y Parma, amigos de Francia, para abrir desde allí á manera de vanguardia de un ejército mucho mayor, en la primavera próxima, una campaña contra los Estados de la Iglesia.

Alejandro, muy diferente de sus grandes predecesores que preferían arriesgar su territorio y su vida antes de inclinarse delante de ningún poder mundano, no quiso exponerse á las contingencias de una guerra, y en su consecuencia, se sometió por el tratado de Pisa celebrado en 1664 á las brutales exigencias del «Hijo mayor de la Iglesia.» Su sobrino y el cardenal Imperiali hubieron de presentar al rey, y otros altos dignatarios al embajador francés personalmente, las humillantes excusas del Pontífice. Los corsos fueron declarados perpetuamente inhabilitados para servir en el territorio de la Iglesia, y en frente del cuartel que ocupaban se erigió una pirámide con una inscripción que relataba su crimen y su castigo. Además, prometió el Papa «mandar á sus ministros que mostrasen al embajador de su majestad el respeto que merecían las personas que representaban á tan gran rey y amadísimo hijo mayor de la Iglesia.» En cambio de esta humillación restituyó el rey generosamente á Aviñón.

La España había quedado reducida á la impotencia por los auxilios prestados por Luis XIV á los portugueses y por la liga formada contra ella. En Italia imponían más las armas francesas, después de las diferencias habidas con el Papa, que las españolas. Quedaba la Alemania, á la cual Luis y su ministro Lyonne trataban de separar de la débil influencia de los emperadores austriacos, sometiéndola en cambio á la francesa.

Entonces experimentaba la Alemania (1) todavía las consecuencias de la guerra de Treinta años; porque había sido el teatro donde se habían librado batalla los grandes principios políticos y religiosos de dos épocas, ó mejor dicho, eras opuestas, la de la Edad media y la moderna. Con su mejor sangre había comprado la Alemania la victoria de la libertad de conciencia, de las ideas modernas más ilustradas y de la razón. La riqueza y bienestar materiales del país, tan grandes antes, habían desaparecido, porque la guerra no había respetado ninguna de sus dilatadas comarcas, desde el Mar del Norte hasta el Adriático, desde el Mosela al Leith. Dos terceras partes de su población habían desaparecido víctimas del furor de la guerra y de su horrible séquito. Aunque imposible de comprobar, es seguro que miles de aldeas habían desaparecido, y muchas tan fundamentalmente, que jamás ha podido fijarse su posición; todas las ciudades lamentaban sus pérdidas en riqueza y población, y en todas las calles, como en los caminos, no se veía más que indecible miseria y atroces infortunios.

Más sensible y espantosa que las pérdidas materiales era la indecible degradación moral que los treinta años de salvaje guerra habían engendrado en todo el país, dando rienda suelta á todas las pasiones más protervas: el egoísmo, la brutalidad, la crueldad, la licencia y un afán bestial de toda clase de goces materiales. Los alemanes habían bajado de su anterior nivel en todos conceptos y se habían vuelto groseros y torpes. El comercio floreciente de las ciudades Anseáticas había pasado durante la guerra á manos de holandeses é ingleses, tanto, que aun restablecida la paz no podía ya competir el comerciante alemán con sus facultades aletargadas, ya fuera anseático, ya del Mediodía de Alemania, con aquellas dos naciones. Si esto sucedía con el comercio exterior, enteramente paralizado y anulado, peor

(1) K. FR. HANSER, *La Alemania después de la guerra de Treinta años* (en alemán) Leipzig y Heidelberg 1862.

estaba el del interior, encadenado por las innumerables trabas y miles de fronteras y aduanas entre señorío y señorío. Las ciencias, la civilización, las artes y la poesía habían desaparecido; de suerte que bajo estos dos conceptos á lo más podía compararse la Alemania con la Suecia, cuya población era entonces la más ruda y pobre de Europa.

La parte más valiosa del pueblo alemán, la clase media de las ciudades, ardiente defensora de sus libertades, estaba completamente quebrantada. Su pobreza y reducido número le quitaba toda su energía é iniciativa; se había vuelto pequeña y pusilánime; su espíritu débil solo se cuidaba de los intereses y necesidades más inmediatas, temerosa siempre de nuevos males. En los grandes y pequeños Estados disputábanse el poder el soberano con sus proyectos absolutistas y la nobleza egoísta, ruda ó queriendo imitar á la francesa; y el pueblo, en medio de estas fuerzas brutales, sumido en abyecto servilismo, mostrando hácia sus superiores una rastrera sumisión, tomaba el desquite tratando á los que creía inferiores con la misma insolencia de que era objeto por parte de los nobles. Este pueblo servil miraba con asombro y profundo respeto el ceremonial mezquino, la ostentación pobre, las fiestas y diversiones groseras y pueriles de sus príncipes indignos, y de sus cortes casi siempre disolutas, como manifestaciones envidiables de una sociedad superior; los poetas celebraban todo y cantaban sobre el motivo: «Cuando el soberano se divierte, el pueblo se alegra.» Tan prolongada guerra había ahogado hasta el recuerdo del amor á la gran patria común, y de respeto al emperador, cabeza y jefe supremo de toda la Alemania. Antes de acudir á él en busca de auxilio prefirieron todos esperar lo de los enemigos de la patria, es decir, de la Francia y de la Suecia, temiendo más la tiranía de los Habsburgos que la de los extranjeros, bien que aquellos habían perdido todo poder é influjo directos; de ahí que fuera cosa corriente llamar patriótico todo lo que facilitaba la intervención de aquellas potencias extranjeras sancionada en la paz de Westfalia, en las relaciones interiores de Alemania, porque por «la libertad del pueblo alemán» se entendía la brutal y soberana independencia de los mil y tantos tiranos, dueños de señoríos y Estados grandes y diminutos. Las potencias extranjeras, la Dinamarca y la Suecia, después de haberse apropiado territorios alemanes, aquella el Holstein y esta la Pomerania Anterior con Rügen y Wismar, y los ducados de Bremen y Verden, tenían por este motivo derecho á intervenir, como hacían continuamente, en los asuntos más íntimos del imperio.

Considérese ahora el contraste que formaba con esta situación de ignorancia, desorganización y miras pequeñas la imponente grandeza política y militar de Francia, sus costumbres finas y amables, su trato social elegante, el número extraordinario de sus grandes talentos, y se comprenderán los rápidos progresos que la invasión de las costumbres y del idioma francés hicieron en la Alemania de entonces.

A pesar de esto no existe mejor prueba del vigor indestructible y de la robusta vitalidad interior del pueblo alemán que los primeros cincuenta años que siguieron á la paz de Westfalia; porque esta misma Alemania empujeada, moral y físicamente quebrantada, encontró fuerzas para defenderse simultáneamente contra dos enemigos, uno al Este, y el otro al Oeste de su territorio, de los cuales cada uno por sí era considerado entonces superior á ella; y todo esto sin notable pérdida, por un lado hasta con mucha ganancia: es decir contra la Francia y contra la Turquía.

Sin embargo por lo pronto todo era confusión y desorganización. Solo á fuerza de grandes trabajos había sido posible desbaratar los planes é intrigas de Mazarino para hacer

elegir á su rey emperador de Alemania al ocurrir la muerte del emperador Fernando III en 1657. Los príncipes electores eclesiásticos se habían dejado sobornar por el oro francés; y á no ser por la desesperada oposicion de los tres príncipes electores protestantes, que temian por su religion si era elegido un Borbon para aquel trono de Alemania, se habria realizado tan escandaloso proyecto. Es curioso que sea debida al elemento protestante la subida al trono de otro príncipe austriaco, Leopoldo I, en el año 1658 despues de un interregno de 15 meses. Ya desde 1663 el verdadero soberano legal del imperio, la Dieta, tenia abiertas sus sesiones en Regensburg, pero no asistian á ellas los príncipes de los 314 señorios ó estados del imperio, sino solo sus embajadores ó representantes. Incumbia á esta asamblea resolver sobre todos los asuntos que interesaban al imperio, y sus resoluciones para ser válidas debian ser aprobadas por el emperador, pero como los diferentes príncipes se tomaban muy poco ó ningun interés por el imperio, resultaba que la Dieta solo era una sombra de lo que debia ser; y nada resolvía excepto algunos puntos de etiqueta; ó si tomaba alguna resolucion un poco importante, era seguro que no habia de llevarse á cabo ni se haria apenas caso de ella.

La vida de Alemania se habia concentrado en algunos de sus miembros. Sostenian entonces la antigua fama guerrera de los alemanes las numerosas y valientes legiones de la casa de Brunswik, del landgrave de Hesse y de los príncipes electores de Baviera y de Sajonia; pero entre todos sobresalía, en medio de las miserias de la sociedad alemana, el príncipe elector de Brandeburgo Federico Guillermo, que reinó desde 1640 hasta 1688, hombre de una ambicion inquieta, no personal sino patriótica, inexorable é invariable cuando despues de meditar maduramente su idea, se decidía á ponerla por obra; príncipe que derribaba sin misericordia al débil que se le oponía; osado en los momentos de peligro, pero enemigo de aventuras que no ofrecieran ventajas ni medios de retirada prudente; flexible delante de obstáculos invencibles, pero sin renunciar á sus proyectos que trataba de realizar buscando rodeos cuando no podia directamente. Buen general, administrador hábil, diplomático astuto y sin conciencia ni consideracion á tratados ni á la justicia, excusaba todas las falacias y el empleo de los medios mas reprobables con el excelente móvil del bien y engrandecimiento del país que le pertenecía, y no le faltaban simpatías para el honor y el bienestar de la patria comun.

Despues de veinte años de gobierno podia alabarse de haber realizado grandiosos resultados, habiendo reunido en un cuerpo político sus dominios desparramados por toda la Alemania del Norte, todos en completa desorganizacion y arruinados. Habia logrado tambien una indemnizacion territorial abundantísima por el abandono de la parte occidental de la Pomerania, que habia heredado, y que habia sido dada á la Suecia en la paz de Westfalia. Habia creado la administracion y la hacienda de sus Estados y un ejército de 20,000 hombres pronto á entrar en campaña, y muy capaz de asegurar el respeto á su política siempre meditada y segura. De la guerra de Carlos X y Gustavo con la Polonia y la Dinamarca, en la cual habia tomado parte con refinada astucia pero tambien con mucho arrojo, no habia sacado un aumento de territorio digno de mencionarse, pero obtuvo en cambio la inapreciable ventaja del reconocimiento de su soberanía sobre la Prusia oriental propiamente dicha, donde desde entonces fué una potencia independiente. Este territorio fué la base del futuro reino de Prusia. De este modo se hizo el elector de Brandeburgo el potentado mas fuerte del imperio aleman.

Pero estos príncipes mas ó menos poderosos, eran todos

juntos insignificantes en frente de la Francia unida y próspera, que amenazaba ahogar á toda la Alemania entre sus robustos brazos y habia dado principio á este atentado con la organizacion de la liga del Rin. Desde entonces la diplomacia francesa y sus ejércitos estrecharon cada dia mas las mallas de la red en que tenian cogida la Alemania. Con repugnante mezcla de astucia y de fuerza brutal obligaron al duque Carlos IV de Lorena á ceder su última plaza fuerte, Marsal, á la Francia, y á consentir en la construccion de un gran camino militar al través de su territorio, con lo cual quedó sacrificada á los pies de la Francia la independencia política y militar de la Lorena.

Para tener mejor estrechado entre sus garras al imperio aleman, renovó Luis XIV en octubre de 1662 su tratado de amistad y de comercio con la Suecia, la cual se comprometió por un artículo secreto á apoyar la eleccion del duque de Enghien para el trono de Polonia con un ejército de 12,000 hombres, cuyos gastos correrian á cargo del gobierno francés. Por un convenio firmado en agosto de 1663 ingresó tambien en la liga rhiniana la Dinamarca, el débil y humillado rival de la Suecia, y prometió impedir, en union de esta última potencia y de Francia, toda violacion del tratado de Westfalia. Esto equivalía á prometer que se prestaria á ser instrumento ciego de la política franco-sueca de intervencion en Alemania, y á obtener esta promesa contribuyó mas que nada el oro francés en la corte de Copenhague.

Con la Lorena habiase apropiado la Francia, á lo menos estratégicamente, un importante país aleman fronterizo; pero Luis XIV no contento con esto quiso habituar tambien á la poblacion alemana del interior á ver las banderas y batallones franceses, y aprovechó la ocasion de estar amenazada el Austria de un ataque de tropas turcas, para contribuir como miembro de la liga rhiniana con un contingente de 6,000 hombres de sus mejores tropas á las órdenes del general Coligny al ejército formado por la Alemania entera contra el enemigo de la cristiandad. Despues de atravesar este cuerpo la Alemania, cooperó valerosamente á la victoria que el ejército alcanzó sobre los turcos cerca de San Gotardo. La mejor prueba de que Luis XIV no tenia mas objeto al enviar aquellas tropas que acostumbrar á los alemanes á ver soldados franceses en su país, es que en el mismo verano mandó volver á Francia el citado contingente, y abrió negociaciones con la Turquía para lograr, conforme sucedió, una buena inteligencia entre ambas potencias enemigas del Austria. ¿Qué le importaba al rey de Francia que vastos territorios cristianos se tuviesen que someter al poder de la media luna?

En el mismo verano del año 1664 entró un segundo ejército francés en territorio aleman reclamado por el elector de Maguncia miembro de la liga del Rin, con objeto de rendir la ciudad de Erfurt que pretendió ser ciudad libre y dependiente única y directamente del imperio. De este modo se introdujeron los batallones franceses en Alemania para decidir cuestiones interiores del imperio, y establecerse poco á poco permanentemente en él. Este temor muy fundado y el recelo del consiguiente aumento de influencia que tendria el rey de Francia, fueron los principales motivos que determinaron al emperador Leopoldo, inmediatamente despues de la victoria de San Gotardo, á firmar una paz desventajosa con la Turquía.

Ni un momento perdió Luis XIV de vista sus dos propósitos principales: hacer á la Francia la potencia predominante en toda la Europa, y organizarla, no para labrar en primer término la dicha de sus habitantes, sino para aumentar los recursos, el lustre y poderío de la corona, para ser él el rey mas grande de la tierra. Estos fines al fin se resumian en

su papel amable para con todos, mientras bajo mano aprobaba las disposiciones mas duras y despóticas de su ministro, las cuales aumentaron en este tiempo los ingresos hasta 81 1/2 millones de libras anuales. De este modo cimentó Luis XIV su incomparable fama é irresistible poder.

CAPITULO IV

LA GUERRA DE LA DEVOLUCION

Entre los negocios que mas fijaban la atencion de Luis XIV figuraba en primera línea la adquisicion de grado ó por fuerza de una parte, y si hubiera sido posible de toda, la monarquía española (1). Las estipulaciones del último tratado de paz celebrado con el gobierno español no eran para él ningun obstáculo, porque profesaba una teoría muy amplia que habia inventado para estas cosas, y que no tenia escrupulo en proclamar cuando se presentaba la ocasion, á saber: que los compromisos entre príncipes, lo mismo que las promesas hechas en conversacion particular, solo obligaban mientras se armonizaban con los intereses de ambas partes, porque ¿cómo exigir que los príncipes olviden los intereses de sus Estados cumpliendo convenios que les perjudican? «Y la experiencia prueba, decía el rey, que jamás se han entendido los tratados de otra manera.» Por esto no titubeó en dar auxilio á los portugueses directa é indirectamente, porque las fuerzas marítimas y terrestres consistentes en ocho fragatas y 4,000 soldados ingleses que Carlos II de Inglaterra envió á Portugal conforme se convino en el contrato nupcial entre él y su esposa la infanta Catalina de Portugal, casamiento hecho bajo los auspicios de la Francia, fueron pagadas tambien, y mantenidas por esta, y mandadas por un aleman al servicio del mismo gobierno francés, el general Schomberg. Así lo reclamaba el interés de la Francia á fin de que España tuviese en la península misma un pequeño, pero acérrimo enemigo.

A pesar de una actitud tan hostil, esforzóse Luis XIV en arrancar del gobierno español la declaracion de nulidad de la renuncia de su esposa á la sucesion de España, pretension que fundó en los siguientes motivos: primero en la menor edad de la reina cuando firmó la renuncia, pues segun las leyes españolas no era válida la renuncia de un mayorazgo, y mayorazgo era el trono; segundo en la falta de cumplimiento en el pago del dote de la reina estipulado en cambio de la renuncia. Claro es que el rey de Francia habia tenido buen cuidado de no reclamar esta suma con demasiada prisa, para dejarse abierta esta puerta, porque en el fondo era este el único motivo de peso para pedir la anulacion de una renuncia que como solemne acto internacional no estaba sujeto á las reglas del derecho privado.

La cuestion tenia grandísima importancia, porque fuera de

(1) Véase MIGNET, *Négociations relatives à la succession d'Espagne sous Louis XIV.* Paris 1835, 4 tomos. Esta obra maestra forma el digno principio de la coleccion de los *Documents inédits sur l'Histoire de France*, fundada por Guizot cuando era ministro de Instruccion pública en Francia. La obra de Mignet no es una narracion continua, ni tampoco una mera coleccion de documentos, sino una relacion, entretrejida de los documentos mas importantes en los puntos donde convienen, y con los extractos de los que lo son menos. El grandísimo mérito de la obra consiste principalmente en la acertada eleccion, en la pintura y descripcion verdicas de las personas y de los sucesos, así como en la exquisita atencion de presentar todo cuanto puede ilustrar sobre las circunstancias, cosas, personas y vida de estas que figuran en los documentos; todo esto tan completo que los diferentes puntos quedan enteramente dilucidados. La introduccion, que resume la historia anterior de España y de Francia, así como la marcha general del asunto de la sucesion, es la obra magistral de un ingenio realmente superior. En fin las obras de Rousset, Clément y Mignet se completan una á la otra del modo mas perfecto.

Este hombre tan fogoso, tan jóven, tan ardiente, tenia el maravilloso talento de dominarse cuando queria con una perfeccion asombrosa, y de saber calcular y ajustar como nadie todas sus acciones y palabras á la dignidad de rey. De elevada estatura, complexion robusta, facciones majestuosas, serias y sosegadas, trato afable, digno é imparcial, recibía á todos sin preferencia para nadie; escuchaba las peticiones que le presentaban con gran paciencia, aunque procedieran del mas insignificante de sus súbditos, y nadie se retiraba sin una palabra amable. De este modo atraía, y se quedaba sin embargo á distancia. Costaba mucho excitar su ira, pero una vez dominado por ella, era terrible y no perdonaba, aunque sin perder un solo momento su aparente tranquilidad. Notaba en los demás hasta los mas pequeños defectos y faltas y los corregía haciendo como si no los viera, pero pasando un aviso indirecto al culpable.

No se disimulaba que la monarquía absoluta para ser sólida y duradera, requeria el concurso de la Iglesia, por cuya razon se mostró constantemente fiel, respetuoso y puntual observador de sus mandamientos, é igual comportamiento exigía de todas las personas que le rodeaban. Cuando observaba que algun caballero de la corte continuaba en la iglesia de pie, cuando le tocaba estar arrodillado, no se escapaba ciertamente de una viva reprimenda ni de la orden de no repetir semejante licencia.

Gustábase mucho valerse de otros para que cargasen con la responsabilidad ante el mundo de las acciones tiránicas é ilegales, que cometía sin titubear cuando le convenia, todo para no empañar el purísimo lustre del trono. Para esto le sirvieron en la época de que tratamos Colbert, y posteriormente Louvois. Al principio de su gobierno parecia Miguel Le Tellier el ministro favorito, pero muy pronto quedó eclipsado por Colbert, que fué verdaderamente el hombre de confianza con quien Luis XIV lo consultaba todo, en especial los negocios de hacienda. Así toda la nacion atribuía á Colbert la ruina de los grandes capitalistas, la de los acreedores del Estado, la contribucion durísima sobre la sal.

Colbert cargaba con la aversion y el odio de todos, y su comportamiento lo justificaba en apariencia, porque su trato áspero, de pocas palabras, reservado y adusto, exigiendo al mismo tiempo una obediencia sumisa. A los personajes mas distinguidos que iban á presentarle peticiones ó recomendarle amigos, los despachaba con las pocas palabras de: «lo veré con cuidado», y nada mas. El rey entretanto hacia